

NOTAS

MILTON ROSSEL

ERNESTO MONTENEGRO

SUS OCHENTA y dos años lo mantenían enhiesto en su actitud, lúcida su inteligencia, alerta su voluntad, ágil y fluida su pluma. De ahí la sorpresa dolorida que nos produjo el repentino fallecimiento de Ernesto Montenegro, periodista extraordinario y escritor múltiple e incansable.

Hacía varios años que no lo veíamos; y ello era muy explicable dada su condición de viajero sempiterno. No es exageración nuestra si expresamos que Ernesto Montenegro era reacio a todo arraigo geográfico. Gran parte de su vida la pasó en los Estados Unidos de Norteamérica, donde se casó y dejó varios vástagos. De pronto aparecía en Santiago y se quedaba largo tiempo entre nosotros. En carta reciente nos decía: "Me he dejado caer por acá para respirar aire chileno que no huele demasiado a cuartel. A buen entendedor ¡salud!".

Qué desazón íntima lo llevaba a este vagabundear sin término, a este desasosiego de su cuerpo y de su espíritu de caminar. Tras breve reposo, emprendía la marcha hacia imprevistos destinos. ¿Fué acaso Ernesto Montenegro un insatisfecho en búsqueda constante de un ideal que lo quietara? Incluso cuando fue director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile permaneció corto tiempo en ese cargo, para reanudar su peregrinaje sin santuario.

Si casi toda su labor literaria ha quedado impresa en diarios, fue por sobre todo escritor. Subrayamos la distinción entre éste y el periodista. Mientras el periodista vive atento a lo inmediato y cotidiano, tratando de captar el momento fugaz que hace noticia, en una prosa fluente, imprecisa, a menudo impersonal, destinada a un público indiferenciado, el escritor en cambio pone en lo que escribe "voluntad de estilo", en el sentido de imprimirle a su escritura la impronta de su naturaleza, la autenticidad de su ser intransferible. Por eso cuanto escribe no sólo trasciende por su forma, sino por la profundidad y originalidad del enfoque de un tema, y aunque éste puede ser circunstancial, su interés ha de proyectarse más allá del breve tiempo propio del artículo periodístico.

En realidad Ernesto Montenegro fue ante todo un ensayista que se volcó en diarios y revistas. ¿No hicieron lo mismo Unamuno, Azorín y hasta Ortega no obstante su trascendentalismo conceptual y su expresión barroca? Casi todos los trabajos de estos autores han sido reunidos en libros, cuya vigencia ha de prolongarse mientras vibre la motivación que los impulsó a escribir. Artículos publicados hace más de cincuenta años por Unamuno, Azorín y Ortega leemos y releemos porque en ellos nada ha envejecido.

Ahora bien, ¿por qué Ernesto Montenegro escribió en diarios de Chile, Argentina, Estados Unidos y otros países de América? Sencillamente porque él vivió sólo de su pluma. Como transeúnte de escaso peculio, seguramente su bagaje lo constituían una maleta y una máquina de escribir portátil.

Lo sorprendente, lo singular, reside en que un hombre trotamundos como él poseía tal variedad y profundidad de conocimientos, que resulta difícil explicárselo en quien no pasó su vida entre libros, royendo páginas de enjundiosos tratados y enciclopedias para exhibir ufanamente erudición y sapiencia. Porque Ernesto Montenegro era dueño de un profundo saber sobre las más heterogéneas materias, lo próximo y lo distante, lo trivial y lo grave; su inquietud espiritual lo impulsaba a las más opuestas situaciones de su mundo interior y exterior.

Al leer sus ensayos quedamos abismados de sus caudalosos conocimientos y de su memoria que era su verdadero archivo de cuanto leyó y vio en su largo tránsito por la vida. Tal actitud podría suponer que había en él un improvisador que escribió al llamado misterioso de la intuición. La calidad de su prosa desvirtúa absolutamente tal supuesto; prosa sencilla, digna, con elegancia de gran señoría, sin alardes de postiza elegancia cultural... ¡Qué magnífico ejemplo para esos innúmeros jóvenes, bien maduros algunos de ellos, que escriben distorsionando el idioma, y en una rebusca por aparecer deliberadamente profundos por las abundantes citas con que afirman sus juicios y, por supuesto, con los respectivos llamados para destacar su acuciosidad impar!

A pesar de la larga permanencia de Ernesto Montenegro en los Estados Unidos de Norteamérica y de su conocimiento profundo que tenía de la literatura de ese país, no se le advirtió jamás afectado de esa peligrosa inclinación de citar autores, tan común en los profesores de las Universidades de USA, como si fuesen incapaces de laborar juicios propios o reelaborar aquellos que han acumulado en largas lecturas y que, debidamente asimiladas, forman parte de su acervo personal.

Nada de eso encontramos en Ernesto Montenegro. Tenemos a la mano un trabajo suyo, aparecido en uno de los últimos números de la Revista "Atenea" —colaboró en ella desde 1928— titulado "Humorismo en serio y en broma". Basta leer el primer párrafo de este trabajo para corroborar que era un escritor para quien el idioma no tenía secretos, que lo dominaba sin esfuerzo, con gracia y maestría de un verdadero clásico, y si a ello agregamos la agudeza y penetración de su juicio, tenemos que concluir que Ernesto Montenegro destacaba egregiamente en nuestro medio periodístico y literario. He aquí el referido párrafo: "Tengo por humorismo *serio* el que expre-

sa una verdad profunda en tono ligero, al revés de la humorada que asume el cariz solemne o severo para expresar un concepto sonriente de la vida. Esto no aclara del todo el significado de humorismo, y después de darle muchas vueltas al vocablo, he llegado a la conclusión de que nunca podremos acertar a definirlo por la suficiente razón de que no hay tal cosa —que el humorismo no existe. Lo que tiene realidad concreta es el humorista, la criatura de carne y hueso que practica, bien o mal, el humorismo. La culpa del embrollo, pienso yo, la tienen esos filósofos idealistas que de Platón y Kant inventaron las *esencias*, por ser volátiles, acaban por desvanecer sin dejar rastro”.

Su labor recogida en libros es escasa. Entre ellos destaca su colección de relatos *Cuentos de mi tío Ventura*, de honda raíz chilena, criolla, basados en viejas leyendas o consejos populares pero estilizados, sin esa profusión de giros folklóricos que tanto falsean los relatos populares genuinos de nuestra realidad rural cuando se pretende darles jerarquía literaria.

Hace muchos años hacíamos leer a nuestros alumnos un trabajo suyo aparecido en un texto de lectura sobre los circos. Nunca olvidaremos esas páginas en que compara nuestros pobres circos aldeanos, sus típicos payasos, tonies y trapecistas, con los grandes circos norteamericanos de fastuosidad deslumbrante.

Adentró en la realidad y alma de América, prosista de los mejores de nuestras letras, bien podría decirse que murió escribiendo y con la palabra pronta para evocar a dos de nuestros más representativos escritores de la generación de 1900: Baldomero Lillo y Federico Gana, generación con la cual entronca también Ernesto Montenegro.

El Estado, con el poder omnímodo para dispensar dádivas, no le recompensó lo mucho que él culturalmente entregó a la sociedad en diarios y revistas. No fue funcionario de la diplomacia, ni de ninguna otra repartición pública, o sea no recibió esas sinecuras que se otorgan a quienes comprometen su conciencia en un partido político carente de aquellos principios o ideas que constituyen su vertebración espiritual. Ni siquiera se le concedió el Premio Nacional de Periodismo. Nada de ello nos extraña. Pues así sucede frecuentemente con los maestros, con los que exaltan los auténticos valores de la cultura. Viven pobres, sin quebrar su dignidad de hombres libres, rebeldes a todo gregarismo mental. Así vivió y murió Ernesto Montenegro.